



7 de octubre de 1881

## **Los ángeles de la guarda son nuestros modelos en nuestras relaciones con el prójimo**

*Santa María Eugenia de Jesús*

Mis queridas hijas:

Me gustaría decirles unas palabras sobre estas palabras de la Regla que acaban de leerse: *Que recuerden que la vida de celo es, después de todo, la vida de los ángeles, que son sus modelos en todas sus relaciones con el prójimo*<sup>1</sup>. No sé si habéis reflexionado a menudo sobre estas palabras. Las niñas de las que os vais a ocupar de nuevo tienen todas un ángel de la guarda a su lado, y es la acción de los ángeles, en su relación con estas niñas, la que debe ser el modelo de nuestra acción.

Los ángeles son criaturas muy elevadas por encima de nosotras: son espíritus puros, llenos de pureza, luz y amor. Eso es lo que les da su belleza. Los imaginamos muy hermosos; y como no tienen cuerpo, su belleza es una belleza moral y espiritual. Es la bondad, el amor y la pureza perfecta lo que los une a Dios. Están completamente sometidos a la voluntad de Dios, con la mayor inteligencia que se pueda imaginar, en la luz más perfecta, en un amor extremo: eso es un ángel.

Pero, ¿cómo podemos dotarnos de esas cualidades? La inteligencia, no podemos. La luz nos viene de Dios. Si vivimos en la luz de Dios, participamos de la luz de los ángeles, el amor. Se ha dicho que hay criaturas en la tierra que casi han vencido a los ángeles en amor. Se ha dicho de santa Teresa, ¡y cuánto más estamos obligadas a creerlo y decirlo de la Reina de los ángeles! Por lo tanto, no hay límites para el amor de Dios. Podemos igualar el amor de los ángeles e incluso superarlo, si imitamos a la Santísima Virgen y a los santos.

La bondad nace del amor. Un corazón lleno de amor es necesariamente un corazón lleno de bondad. En esto también podemos imitar a los ángeles. Lo que les hace hermosos es su perfecta bondad, que brota de su perfecto amor. Como están unidos al bien supremo por una sumisión perfecta, encuentran en esta obediencia la pureza extrema que los hace tan santos. Ahí radica toda la diferencia entre el ángel caído y el ángel santo: el ángel caído se rebeló, el ángel santo se adhirió a la voluntad de Dios. Se sometió con toda la perfección que su naturaleza le permitía.

Nosotras somos menos perfectas. Aunque, al elegir la vida religiosa, hayamos declarado a Dios que queremos serle perfectamente obedientes y sumisas, sin embargo, como somos imperfectas y múltiples, hay actos en nosotras que escapan a la pureza perfecta, a la sumisión perfecta, que también escapan a la bondad perfecta, a la luz perfecta.

Pidamos a los ángeles que, junto a las niñas, nuestro espíritu y nuestra conducta se impregnen de los rasgos que les caracterizan. Recordemos a menudo su presencia: tantos

---

<sup>1</sup> Constituciones, capítulo: *De la castidad*.

ángeles como hermanas hay en esta sala, tantos ángeles como niñas hay en una clase o en un dormitorio. Los ángeles presiden todo lo que hacéis, todo lo que hacen las niñas. Son consejeros del bien. El ángel bueno da buenos consejos. Lo habéis visto en la Sagrada Escritura, en la historia de Tobías que se nos lee en este momento en el refectorio.

Eso es también lo que parece decir san Ignacio en las reglas que da sobre el discernimiento de los espíritus: cuando recibimos buenas inspiraciones, es el ángel santo quien las da. Pero existe el ángel rebelde, el ángel malo, el ángel de las tinieblas, y él trae las malas inspiraciones, empuja a las malas acciones. Las niñas están sometidas a estas dos inspiraciones. Debemos ponernos del lado del ángel bueno, con paciencia, con bondad, con celo, con una pureza extrema que nos haga no buscar a la criatura, sino a Dios; que no nos busquemos a nosotras mismas, y que estemos perfectamente sometidas a Dios en los dolores que siempre acompañan a la vida de celo.

Quiero añadir, para aquellas que se van a marchar, que recuerden que su ángel estará siempre con ellas, en todas partes, que las protegerá, las cuidará y las apoyará. Pero que, por su parte, velen siempre y en todas partes por que sus acciones sean tan puras y perfectas como si estuvieran en presencia de la persona que las formó en la vida religiosa, o de la superiora en quien más confían.

Lo que hay en el fondo del corazón está oculto tanto al ángel bueno como al malo: está reservado solo a Dios. Nos conocemos a nosotras mismas en lo más profundo de nuestro corazón, y Dios nos conoce. Pero es difícil que lo que hay en el fondo del corazón no se manifieste de alguna manera, ya sea a través de las palabras o de la expresión del rostro. Tan pronto como estos signos se manifiestan, el ángel bueno y el ángel malo los ven. El ángel malo los aprovecha para tentarnos, y el ángel bueno para sostenernos frente a las tentaciones.